

meópatas no era tan numerosos para estrecharse en una unión fraternal, y resistir el choque del antagonismo; y hoy, ellos se reúnen anualmente, en una fiesta consagrada á la memoria de su Maestro; forman congresos en los que llaman á la discusión más leal á sus adversarios, pero la alopatía rehúsa y se envuelve silenciosa en su manto de Diógenes.

Ya veis que el progreso está hecho.

En nuestra última conferencia, os he expuesto hechos y disposiciones enemigas, capaces de arrojar el desaliento en vuestras almas. Ahora voy á citar algunas confesiones de nuestros adversarios que, sin duda, os consolarán, y llevarán la calma y la esperanza á vuestros corazones.

Pudiera multiplicar las citas, más me limitaré á unas cuantas líneas.

Escuchad á «La Gaceta Médica de París»:

«Somos de opinión que una creencia, cualquiera, que se extiende en todas las partes del mundo sabio, y atrae á ella á cierto número de hombres distinguidos, MERECE SIEMPRE SER EXAMINADA».

Escuchad á un profesor de París:

«Todo parece sonreírnos, el viento sopla para nuestro lado; mas en medio de este concurso de circuns-

tancias y presagios dichosos, «se revelan síntomas alarmantes:» se delibera respecto al porvenir de la medicina, ¿no se debería más bien abrigar algún temor por su existencia?»

«La medicina no puede existir sino bajo la condición de que los enfermos tengan fe en ella, y que vengan á reclamar sus auxilios. Ella no vive por la teoría, sino por la clientela. Ahora es imposible disimularlo, cierta parte abandona á la medicina clásica, y los enfermos van, á cuerpo y fortuna, á lo que ellos llaman: la medicina nueva. La Homcopatía, pues á ella es á la que me refiero, se propone nada menos que derribar todo el edificio médico.»

¡Que se nos venga ahora á decir que nuestra doctrina tuvo su tiempo! Que se nos venga á decir que sus apóstoles son un pequeño número, y responderemos como el gran Tertuliano: «no somos sino de ayer, y ya lo llenamos todo.»

Que el júbilo esté en vuestros corazones! volved vuestras miradas al Oriente, y ved!... Poco á poco las sombras se disipan, la aurora comienza á blanquear el horizonte. Todos los seres de la naturaleza despiertan, y van á cantar su armonía universal.. He aquí al Sol! El astro del día asciende, crece, baña de luz é inunda los cielos.

QUINTA CONFERENCIA

TEMPLO HIPOCRATICO

—o—

Voy á conducirlos ahora, á un templo muy antiguo, casi tan antiguo como el mundo. El os recordará, sin mucho esfuerzo, á esos templos que el paganismo elevaba en otros tiempos á sus divinidades; y cuando hayais visto los misterios que tienen lugar en su santuario, quedaréis admirados de verle, aún, en pie.

Ved sus dimensiones, ¡Cuán inmensas son! tiene una puerta principal, pero sus puertas laterales son innumerables: tiene aun más, que la famosa Tébas. De esta manera, todos los vientos pueden penetrar allí. Alternativamente allí soplan, se chocan, se repelen, y arrojados por otros más violentos é impetuosos, desaparecen mugiendo, cediendo su lugar.

En el santuario de este templo, se levanta un altar; y sobre de este

altar, está sentado un ídolo; y al pie de este ídolo, noche y día se hacen sacrificios. ¡Mas el ídolo nunca es el mismo; los sacrificadores tampoco son los mismos! el altar permanece siempre; pero sacrificadores é ídolos son reemplazados, como los vientos, por otros más ambiciosos que los arrojan, y deben á su vez, desaparecer al día siguiente.

En los templos de las antiguas divinidades, se inmolaban animales escogidos y simbólicos; pero aquí, en este templo, se inmolan hombres, se ofrecen hecatombes de hombres. Esa sangre que corre, humea y palpita al pie del ídolo, es la sangre de las víctimas humanas que se suceden, bajo el cuchillo de un perpetuo sacrificio.

Esta descripción es, quizá, demasiado viva, pero verdadera de lo

que yo llamaría LO POSITIVO MEDICO; todo esto es, tal vez, la imagen muy desnuda, pero exacta y fiel, de la medicina práctica.

Sí, ese templo, es el mundo, el universo, doquiera que se ejerce la medicina. Todos esos vientos que vienen allí á estrellarse alternativamente, ¿no son las opiniones tan diversas, tan mudables, tan impetuosas, que se chocan, y se rompen en la atmósfera de las teorías médicas, y en seguida se desvanecen y desaparecen, como esas nubes fantásticas que se evaporan, después de haber afectado mil figuras protéicas y caprichosas? Ese ídolo que está sentado, sobre el altar, dios de un día de ese sagrado santuario, ¿no es ese sistema médico que triunfa hoy, reina algunos instantes y cae pronto, ahogado por su rival del día siguiente? ¿No habéis visto, en los grandes sacerdotes, á los autores de esos sistemas que toman, por un día, las riendas del carro médico, y se convierten, al día siguiente, en viajeros extraviados en la vía común de las teorías efímeras?

Sí, he aquí, en algunos rasgos, el cuadro de la medicina en general; he aquí la imagen más fiel de este arte, que se ha convenido en llamar, tal vez por irrisión, el arte de curar; he aquí los dogmas de esta doctrina que se llama ALOPATIA.

Explicaros ahora, en particular, en qué consiste esa doctrina, cuál es su origen, su esencia, cuales son, en una palabra, las diferentes piezas que la componen, no es cosa fácil, sobre todo cuando se quiere despojar á una discusión, de la corteza científica, demasiado ruda, para las personas que no han acostumbrado sus manos al cultivo de las ciencias abstractas.

Haré, sin embargo, todo lo posible para ser comprendido. Dejarme, antes, esbozaros á grandes rasgos la historia de la medicina, desde sus primeros tiempos hasta nuestros días. Estas nociones generales son casi indispensables, para la fácil comprensión de la doctrina alopatía. Seré lo más sucinto posible.

La medicina no puede marchar sola; está siempre acompañada del cortejo de las demás ciencias: la física, la química, la historia natural, etc., etc. Ahora bien, como todas esas ciencias han marchado lentamente, ellas debieron necesariamente retardar los progresos de la medicina, á la que están unidas por lazos íntimos. Esto pasa con todas las verdades que, juntamente encadenadas, son solidarias en su actividad progresiva.

La medicina es de todos los tiempos; es la ciencia más antigua; ha nacido del primer dolor, del primer

desarreglo en las piezas, tan diversas, que componen la máquina humana.

En los tiempos primitivos, todas las maniobras destinadas á restablecer la salud eran, evidentemente, actos del más ciego empirismo; se curaba porque se curaba, sin saber por qué y cómo. ¿Acaso se sabe mejor en nuestros días? Quizá no, en todo caso dirigios á los sabios profesores de nuestras escuelas oficiales.

Sin embargo, se conocían ya algunos medios para la curación de tal ó cual enfermedad, y, esos medios, que formaban entonces el bagaje terapéutico, se transmitían de familia en familia, por la tradición, y ese bagaje se enriquecía poco á poco por las nuevas experiencias. Los reyes, los héroes, los poetas, los sacerdotes, eran entonces los principales médicos, y los depositarios de todos los conocimientos adquiridos; los sacerdotes, sobre todo, porque se miraba á las enfermedades como á castigos enviados á los hombres por los dioses. Los Egipcios, los Indios, los Judíos, los Griegos tenían por médicos á sus sacerdotes, quienes sabían sacar un hábil partido de la credulidad de los pueblos, y así aumentar la influencia de su ministerio. La vieja Mitología tenía dioses para todo, debía, pues, tener dioses que presi-

dían á la salud; los griegos llegaron también á divinizar á los hombres que consagraban especialmente su vida á los cuidados de los enfermos; así fué como Asclepias, ó Asclepius ó Esculapio llegó á ser el dios de la medicina. He aquí por qué sus sucesores fueron llamados Asclepiades. Estos estaban compuestos de familias que descendían directamente de Esculapio. Este dios, tenía templos en Cos, en Gnido, en Pérgamo, en Rodas y en Epidauro;

Largo tiempo la medicina fué el monopolio de los Asclepiades, y no salió del Asia Menor. ¡Y qué medicina! Eran las prácticas más supersticiosas que, por la mano de los sacerdotes, se mezclaban á las prácticas más supersticiosas del paganismo.

Mas, lleguemos al siglo brillante de Sócrates y de Pericles. En esa época, el estudio de la medicina tomó una repentina y general extensión, y llegó un momento en el que los filósofos quisieron hacer entrar al hombre en el dominio de sus investigaciones, y así fué como llegaron, no solamente á estudiar, sino aun á practicar la medicina. Desde entonces, esta ciencia salió del poder de los Asclepiades, y todos sus secretos fueron descubiertos.

En esos tiempos fué en los que apareció Hipócrates, el médico más

célebre que Dios ha dado al mundo.

Nacido en la isla de Cos, 460 años antes de Jesucristo, y descendiente de la familia de los Asclepiades; viajó para su instrucción, por Grecia y en varias provincias del Asia. Durante la guerra del Peloponeso, fué cuando brilló con todo su esplendor. Compiló todos los hechos ya adquiridos por la ciencia médica; antes de él, los sacerdotes escribían sobre tabletas expuestas en los templos, las enfermedades y los remedios que las habían curado; hizo su botín de todas esas observaciones, despojó á la medicina de todas las supersticiones é imposturas de sus predecesores, y divulgó generosamente los métodos curativos que, hasta él, habían permanecido secretos. Excluyó las ideas hipotéticas por las que se trataba de explicar los fenómenos de la naturaleza; proclamó, sobre todo, la excelencia de la observación en medicina, y demostró que, sólo por ella, se debe subir á los principios generales. Y en esto, puede decirse, que fué el precursor de Bacon, como lo ha sido, más tarde lo veréis, el precursor de Hahnemann, y finalmente, el precursor de todas las verdades médicas. En verdad, debe decirse que si él hubiera podido, es decir, si en su tiempo hubieran existido un Berzelius, un

Arago, un Vesalio, un Geoffroy Saint Hilaire, Hipócrates todo lo hubiera hecho en medicina.

El «divino anciano» de Cos, como se ha dado en llamarle, dejó entonces por testamento, á las generaciones médicas, todos sus secretos y todos sus principios, que, bajo el nombre de «Aforismos», siguen todavía los estudios oficiales. El tuvo la franqueza de confesar sus defectos, y como siempre acontece, estos fueron los que, sobre todo, heredaron sus sucesores médicos.

Su bella doctrina no duró mucho tiempo; la Grecia cayó y con ella la filosofía, la medicina, las ciencias, las artes.... Todo se eclipsó y permaneció en la sombra de la decadencia, hasta el momento en que apareció la Escuela de Aristóteles, quien indicó vagamente la necesidad y la utilidad de los estudios anatómicos. Hasta allí, una cega preocupación y un pudor absurdo, se habían opuesto y se opusieron durante mucho tiempo, á la apertura y al estudio de los cadáveres. Se comenzó, pues, á adquirir las nociones generales de anatomía, interrogando á las entrañas de las víctimas que se ofrecían á las divinidades; esas nociones se extendieron más por la Escuela de Alejandro, la que por la protección de

los Ptolomeos, dió un poco más de libertad á la anatomía.

Después de la decadencia de la Grecia, se operó un movimiento de transición de Oriente á Occidente, y la medicina pasó á Italia, con las ciencias, las letras y las artes. Entonces Galeno hizo revivir á Hipócrates en Roma, como Virgilio y Horacio hicieron revivir á Homero y á Eurípides.

Galeno nació en Pérgamo, el año 131 de Jesucristo en donde ejerció su arte algún tiempo, y después llegó á Roma, en donde fué el médico de los emperadores Marco Aurelio, Verus y Cómodo.

Galeno es el verdadero padre de la medicina actual, de la Alopátia. El fué quien creó la polifarmacia, y fundó todas esas prácticas absurdas y bárbaras de sangrías, sanguijuelas, purgantes, vegigatorios, cauterios, sedales y otros expedientes semejantes. Trató de hacer revivir, como acabamos de decirlo, la doctrina de Hipócrates, pero no propagó sino sus defectos, y, en vez de hacer avanzar al arte médico, lo hizo retroceder á la época de los Asclepiades. Si él tiene el mérito de haber ensanchado el círculo de los conocimientos anatómicos y quirúrgicos, también tiene el de haber estrechado el círculo de la medicina propiamente dicha, y, en esto, hizo sufrir á la

ciencia un movimiento de retroceso, porque, ante todo, un práctico debe ser «médico.» Se puede saber muy bien la anatomía, saber muy bien manejar el cuchillo quirúrgico, y ser un mal médico.

Imbuido en las ideas de Aristóteles, Galeno trató de explicar todo en medicina como en física, por lo que él llamaba los cuatro elementos, el agua, el aire, la tierra y el fuego; y no veía por doquiera sino lo caliente, lo frío, lo seco y lo húmedo. Marchando del todo fuera del método de observación de Hipócrates, no supo garantizarse del espíritu de hipótesis. Ecléctico en filosofía como en medicina, fundió todos los sistemas, y no supo edificar ninguno sólido. Dotado de una prodigiosa facilidad y de una erudición inmensa, no supo servirse de ellas y no hizo más que abusar. Y, sin embargo, lo repito, Galeno es el padre de nuestra vieja medicina, y su estatua debería estar colocada en los frontispicios de nuestras escuelas, más bien que la de Hipócrates.

Estoy obligado á limitar aquí mis consideraciones generales, respecto á esos dos médicos, los más célebres de la antigüedad; los demás rasgos característicos de su doctrina se hallaran esparcidos en el curso de nuestras conferencias.

Después de la caída de la Grecia, llegó la del Imperio Romano, y, como la medicina había seguido a la primera decadencia, siguió también á la segunda; es decir, que ella volvió á ser lo que había sido antes de Hipócrates. Fué de nuevo entregada á las supersticiones y al empirismo, y se halló cubierta como las demás ciencias, en las tinieblas de la edad media. Sólo los monjes la salvaron del naufragio; pero tal fué su degradación en esta época, que los Papas y los Concilios prohibieron su ejercicio á los sacerdotes; la cirugía, sobre todo, fué herida de una severa interdicción, y de ese tiempo data la verdadera separación de la cirugía y la medicina.

Sin embargo, poco á poco las preocupaciones se borran, y se comienza á entrever, en el horizonte, el primer rayo de progreso. Una era más dichosa se preparaba en medio de acontecimientos muy opuestos, se ve pronto en el siglo XII en el seno de la lucha política entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII, á Federico, autorizar en la Sicilia y en Bolonia, la disección pública de un cadáver, «cada cinco años!» El sabio Mondini, fué el primero que aprovechó este privilegio, y fué el único cirujano, cuyo libro tuvo acogida favorable, después del de Galeno.

Más tarde, en 1374, la Facultad de Montpellier obtuvo del Vaticano el permiso de abrir los cadáveres, y el siglo siguiente, el Papa Sixto IV concedió en todas partes la misma licencia.

Desde entonces el impulso fué dado, los estudios anatómicos se esparcieron en todas las Universidades de Europa, y todas las verdades caminaron juntas. Mientras que el escabelo de los anatomistas descubría el secreto de los cuerpos humanos, «Cristóbal Colón» descubría su nuevo mundo, y la imprenta aparecía como un nuevo Verbo bajado del cielo, para propagar y engrandecer las conquistas de la inteligencia y del progreso.

Entonces, con todas las ciencias, la medicina renace de nueva cuenta y la tradición médica prosigue su curso.

Al comienzo del siglo XVI, Vesalio funda la anatomía humana; un siglo después, Harvey descubre la circulación de la sangre; Pecquet, el receptáculo del quilo; y esos dos anatomistas inmortales trazan á las investigaciones y experiencias la verdadera vía de la fisiología.

Ya está hecho todo; Galileo abre el campo de las matemáticas; Descartes, el de la filosofía; Bacon, el de todas las ciencias; el impulso está dado, todo marcha.

Me veo obligado á cerrar aquí

nuestra digresión histórica, porque desde esa época hasta nuestros días, hay muchas cosas que decir; todo lo que importa saber, helo aquí.

Cuando la fisiología hubo entregado todos sus secretos á los investigadores, los sistemas, para explicar la naturaleza del hombre, se dividieron en dos categorías muy distintas; unos, no veían más que al alma ó espíritu, y formaron el espiritualismo ó el animismo. Stahl y Vanhelmont, son los autores de ese sistema adoptado por la Escuela de Montpellier, y continuado por Barthez, Bérard y Lordat.

Otros, no veían en el hombre sano, sino la materia, y en las enfermedades, solamente órganos, y formaron el materialismo ó el organicismo. Hoffmann y Boerhaave son los autores de ese sistema, adoptado por la Escuela de París, y continuado por Cabanis, Bichat, Broussais, Corvisart, Piorry, etc., etc.

Mas no se debe decir por esto, que esos sistemas sean nuevos y que daten solamente de la época de todos esos hombres célebres; no, ellos son por el contrario, tan antiguos como los médicos y los filósofos más antiguos; esas son viejas ideas renovadas por una ciencia más moderna. Esto en seguida lo veréis

Terminemos nuestro bosquejo

histórico; no entra en mi plan daros más detalles; por lo demás, en el curso de nuestras conferencias, cada pieza cronológica recibirá su desarrollo, en su tiempo y lugar.

Volviendo á nuestro asunto, estoy obligado aún, á someteros algunas consideraciones generales, que os ayudarán á comprender todo lo que va á seguir.

¿Cuál es el objeto de los estudios médicos?

El hombre.

Coloco ante vuestros ojos, sobre una mesa de disección, á ese hombre muerto, de otro modo dicho, un cadáver.

Considerándolo en seguida, como una máquina, desmonto todas las partes, os describo las ruedas, los engranages y las palancas; y damos un nombre á todas esas piezas. La ciencia que se ocupa del análisis de este aparato máquina, se llama «Anatomía.»

Animemos en seguida á esta máquina, por la llegada del vapor, es decir, animemos á este cadáver con la llegada de una alma, de un principio vital. Consideremos á este conjunto, desempeñando funciones, hagamos de este aparato, un hombre. Este hombre se levanta, camina, digiere, ve, oye, habla, en una palabra, funciona. La ciencia que se ocupa del ejercicio de esas funciones, se llama «Fisiología.»

Mas, este hombre animado y que obra, destinado á recorrer una evolución más ó menos larga, cumpliendo sus destinos en los actos de la vida, este nombre «puede desarreglarse.» Todas sus piezas pueden ser afectadas en su juego y en sus relaciones. Considerado en su armonía universal, ese teclado vital, puede alterarse en todas sus notas, y en todos sus tonos. Compuesto de partes duras y de partes blandas, de partes líquidas y de partes fluidas, en fin, de espíritu y de materia, este hombre puede experimentar lesiones múltiples, en relación con la multiplicidad de los tejidos de su organismo. Pues bien, la ciencia que se ocupa de todos esos desarreglos, se llama, en general, «Patología.»

Cuando el hombre, atacado así en su marcha por esos desarreglos, está obligado á suspender su actividad; cuando la armonía de sus relaciones está alterada, cuando el equilibrio de sus funciones está roto, nosotros lo examinamos, llevamos nuestras investigaciones sobre la causa de ese desorden, y sobre las partes desordenadas, tratamos de restablecerle en su armonía y su equilibrio; combatimos, en una palabra, sus enfermedades y trabajamos en restituirle la salud. Este es el objeto de la «Terapéutica.»

Y para esto, tenemos remedios, empleamos un arsenal que contiene todos los instrumentos necesarios para esas diversas operaciones; en una palabra, poseemos remedios que curan esas enfermedades. Ahora, el conocimiento de esos remedios, y la manera de administrarlos, compone la «Materia médica.»

El hombre puede aún ser considerado bajo otras muchas faces y estas consideraciones aunque principales, no comprenden, sin embargo, todas las ciencias médicas. Mas no tenemos que examinar aquí sino estas relaciones generales; el hombre organizado, obrando, pensando, enfermo, curado, he aquí nuestro único asunto.

Parece, desde luego, que el análisis de esos materiales debería suministrar á todas las investigaciones los mismos resultados; parece que un faro giratorio debería ofrecer á todas las miradas, las mismas faces y los mismos colores; pues bien, esto no acontece. El hombre en salud y en enfermedad, ha sido visto por cada Escuela de una manera diferente y hallaréis, sobre todo, en la Escuela alopática, y la Escuela homeopática, opiniones del todo opuestas; vais á convenceros si seguís hasta el fin esta discusión.

Entremos primero al templo Galénico, examinemos esa doctrina

que se llama Alopátia, en seguida veremos á su rival la Homeopatía, y conoceréis claramente su condición propia, y se diferencia.

Si consideramos al hombre bajo su relación anatómica, es evidente que todas las Escuelas estarán de acuerdo. Aquí nada podéis cambiar ni modificar. El hombre presenta á todos los escalpelos los mismos tejidos, y á todos los análisis los mismos elementos. El hombre está completo en su estructura y su organización; tal como es, estáis obligado á aceptarle, y tanto mejor. ¡Porque si Dios no se hubiera reservado el secreto de su obra, hubierais querido tocarla, y la hubierais perjudicado!....

Pero si consideramos al hombre bajo la relación fisiológica, oh, entonces, las escuelas se dividen, y las opiniones se separan, ya enemigas. Desde ese momento cada uno se retira á su campo, y prepara sus medios de ataque y de defensa.

Examinemos, pues, á la Escuela de París, á esta reina del mundo médico, y veamos, si ella no ha inmolado las tradiciones hipocráticas, ante el altar de un orgulloso racionalismo.

Y desde luego, preguntad á la Escuela de París qué cosa es el hombre, y quedaréis admirados de su respuesta; vais á verlo dentro de un instante.

Tanto los médicos como los filósofos, en todos los tiempos se han ocupado de esta cuestión, y si arrojáis una mirada general sobre la historia de la filosofía y la medicina comparadas, veréis que, bajo este respecto, los sistemas marchan sobre dos vías paralelas. Que el viento filosófico haya ido al espiritualismo ó al materialismo, al dogmatismo ó al escepticismo, al tradicionalismo ó al racionalismo, siempre el barómetro médico ha marcado fielmente todas sus variaciones.

La historia de esas variaciones es inmensa; ella no puede entrar en mi cuadro muy limitado; me contento con indicároslo.

Ya he franqueado, pues, todo el pasado y llego á nuestros tiempos modernos.

Hacia el fin del último siglo, el muy famoso Cabanis, á la vez profundo filósofo y médico hábil, profesor de la Facultad de París, llevó á esa Escuela el germen del materialismo, germen que, después ha sido fecundado por la misma enseñanza; germen que hoy es ya un árbol inmenso, cuyas vastas ramas abrigan á nuestra joven y desdichada generación médica.

Mucho antes que él, nuestro célebre filósofo, Descartes, con su teoría de los espíritus animales, había declarado que las bestias eran